

EL LENGUAJE DE LOS GESTOS
Domingo 11 del tiempo ordinario
13 de junio de 2010

En este domingo 11 del tiempo ordinario se leen dos episodios sorprendentes. El uno tiene como protagonista al rey David y el otro a Jesús de Nazaret. Los dos incluyen una narración a modo de cuento o de parábola. Los dos tienen que ver con el pecado y con el perdón. En los dos es importante la función de la profecía.

El profeta Natán cuenta al rey David el descaro criminal de uno que, teniendo muchas ovejas, roba la única que posee su pobre vecino. David reacciona violentamente. Quisiera hacer justicia contra el malvado. El profeta le hace ver que eso mismo es lo que ha hecho el rey. Como tantos otros, condena el pecado de los demás y no descubre el suyo.

En el evangelio se dice que Jesús ha entrado a comer en casa de un fariseo, es decir de un hombre religioso y cumplidor de la ley del Señor. En la casa ha entrado también una mujer conocida como pecadora. El fariseo se permite juzgar en su interior tanto a la mujer como al Maestro, al que no puede reconocer como profeta. Pero Jesús es el testigo del perdón de Dios.

EL MAESTRO

El relato evangélico de la mujer pecadora es propio del evangelio de Lucas (Lc 7, 36-50). El texto parece construido para subrayar un gran número de contrastes. Nos gusta ver qué comportamiento pide de nosotros. Pero es importante ver qué es lo que nos enseña sobre el Maestro y su enseñanza, sobre Jesús y su misión.

En primer lugar hay que recordar que los fariseos critican a Jesús por comer con publicanos y pecadores. En realidad, también come con fariseos que se creen justos. Es evidente que Jesús está dispuesto a llegar a todos y escuchar a todos, sin prejuicios ni discriminaciones. A todos trae la salvación.

Además, el relato evangélico revela a las claras que el hombre que se cree justo no lo es tanto, puesto que no ha cumplido con Jesús los deberes tradicionales de la hospitalidad. No se parece a Abraham, a quien los fariseos reconocen como padre. Por el contrario, la mujer pecadora muestra abiertamente su afecto agradecido hacia Jesús.

En tercer lugar, el fariseo piensa en su interior. Y en su interior descalifica a Jesús. La mujer exterioriza sus sentimientos y con sus gestos proclama la grandeza profética de Jesús. No habla, pero su lenguaje corporal expresa más que mil palabras: toca a Jesús, le baña los pies con sus lágrimas, se los seca con sus cabellos, los unge con perfume.

LA DISCÍPULA

“Si éste fuera profeta sabría quién es esta mujer que lo está tocando y que es una pecadora”. Así piensa el fariseo. Pone en duda la identidad y la misión profética de Jesús. Todo el relato nos demuestra que Jesús es en realidad un profeta y más que profeta.

- Jesús no sólo sabe de qué condición es esa mujer, sino que sabe también quién es el fariseo y qué es lo que piensa.
- Donde el fariseo sólo ve pecado, Jesús ve el arrepentimiento y la gratitud de quien ha recibido el don del perdón.
- Aunque los gestos de la mujer pueden parecer sólo señales de gratitud, Jesús los interpreta como verdaderos signos de su fe: de la fe que salva y da la paz.
- Si el fariseo permanece anclado en la antigua ley, la mujer es presentada como una discípula de Jesús, colocada detrás de él y a sus pies, como los que escuchan al Maestro.

En una sociedad que quita importancia al pecado y acusa después al pecador, la Iglesia de Jesús ha de subrayar la gravedad del pecado y aceptar el arrepentimiento del pecador, cualquiera que sea el lenguaje con que lo exprese.

- Señor Jesús, que acoges al que se acerca a ti con humildad, perdona nuestros pecados y danos un corazón agradecido y misericordioso. Amén.

José-Román Flecha Andrés